

Instantáneas.



M. SALVI

¡OLÉ SEVILLA!



Don Miguel Moya.

Pocos hombres, como Miguel Moya, habrán hecho en menos tiempo una labor tan grande y con tan halagüeño éxito coronada.

Ha luchado mucho, muchísimo. Desde que siendo un muchacho se hombreaba en el Ateneo con nuestras primeras figuras en ciencias y literatura, hasta que sus propios merecimientos le llevaron á la dirección de *El Liberal*, ha trabajado sin descanso, con una tenacidad y una constancia verdaderamente heroicas, y sin que su voluntad de hierro y sus fuerzas físicas excepcionales se abatieran jamás.

Lo que ha sido y es, como periodista, lo dicen sus éxitos en *El Liberal*, al que se ha consagrado en cuerpo y alma, y el que le debe su prosperidad, cada día mayor.

Como escritor quedó consagrado al publicar sus *Perfiles políticos*, modelo de retratos parlamentarios, ácidos, castizos, profundamente observados y que le valieron justísimo renombre.

Diputado á Cortes y senador varias veces, jamás ha medrado en la política, cuyas miserias é intrigas le repugnan, manteniéndose en una situación expectante, á que por otra parte le obliga su cargo como director de un periódico independiente y de gran circulación.

Sus grandes amores en política fueron Castelar. Por el ilustre tribuno y por su

vuelta á la política libró batallas *El Liberal*, que veía en aquel insigne patriota al único hombre de Estado capaz de salvar á España después de nuestros desastres coloniales.

Si Miguel Moya no hubiera disfrutado ya de buen nombre como orador parlamentario, el hermosísimo discurso que pronunció en el Congreso á la memoria de Castelar, elocuente y sentidísimo, hubiérasele dado con creces y merecidamente.

La Asociación de la Prensa Madrileña le debe su vida. El, con su poderosa iniciativa, con sus grandes simpatías entre los periodistas, hizo que no se malograra, como otras muchas veces, el proyecto de asociación.

Elegido por unanimidad Presidente, y reelegido después en todas las Juntas generales, ha consolidado la Asociación, vigorizándola y haciendo de ella y de su tribuna un centro de cultísima enseñanza, por el cual han desfilado nuestros políticos y oradores más eminentes.

Hoy, la Asociación de la Prensa es Miguel Moya. Ella y *El Liberal* constituyen para el ilustre periodista los dos afectos más caros de su alma y de su privilegiada inteligencia.

Antonio R. Lázaro.

Instantáneas.

Oficinas: Clavel, 1, Madrid.

Director, M. SALVI

Ascensión Miralles

DISTINGUIDA TIPLE DEL TEATRO ESLAVA

Decir que en Madrid cuenta con muchas y merecidas simpatías, que sus méritos artísticos son innumerables, que su voz es potente y afinadísima, y que su hermosura es grande, son cosas que no habrá, seguramente, nadie que lo ignore, y prueba bien palpable de todo es que el día de su beneficio vióse lleno, durante toda la noche, el teatro del Pasadizo de San Ginés.

Lo bien caracterizado de los tipos en *Una Vieja*, en *La alegría de la huerta*, en *El escaló*, *Los cocineros*, *El cabo primero* y otra infinidad de obras que sería imposible enumerar, dan idea de lo mucho que vale y de que es una tiple que sabe lo que hace y lo que se dice.

La otra noche, viendo con un amigo *La alegría de la huerta*, que por cierto no conocía, me dijo:

—¿Sabes que es preciosa esa muchacha?

—Ya lo creo.

—¡Y trabaja muy bien! ¡Bonita voz tiene! ¿Cómo se llama?

—Ascensión Miralles.

—¡Ah! La conocía de nombre, aunque hasta ahora no la había visto trabajar; chico, créeme, quisiera ser autor, pues con esa tiple no hay obra que vaya al foso...

Y lo mismo digo yo:

¡Quién supiera escribir!

María Bonora

Esta distinguida y bella tiple es una de las muchas que hay trabajando por provincias, y que vale más que otras que están ocupando un primer puesto en los teatros de Madrid. Su buena voz, su manera de decir, su mucha gracia, y otras muchas más cualidades escénicas que la adornan, hacen presagiar y ver en ella una figura para el arte cómico-lírico.

Nosotros deseamos poderla aplaudir y admirar pronto en los coliseos de esta corte, para que el público se convenza de lo justos que son nuestros elogios.



SEÑORITA MARÍA BONORA.—APLAUDIDA TIPLE DE ZARZUELA.

Instantánea de Cao y C.^a

POSITIVAS Y NEGATIVAS

Policía nueva.—Debilidades astronómicas.—La Unión Nacional.—La Exposición-Goya.—Los golfos que se van.... con apetito.

Entre los hechos de mayor actualidad, figura la reforma que el ministro de la Gobernación se propone introducir en el detestable régimen de la policía española.

Un país como el nuestro, donde el agente de policía es un personaje cómico, solfeado como *corchete* en la zarzuela grande y puesto en solfa en la zarzuela chica; un país donde á los gobernadores se les llama *Poncios* ó *Sanchos*, y en que los alcaldes (perdida la augusta majestad de los Zalameas y Ronquillo) se atraviesan ante el principio de autoridad, representado por los Gobiernos, ó son silbados cada ocho días en las plazas de toros, no puede, por la eficacia de un decreto, hacer reformación de costumbres y tornar en obedientes los ineducados, en cortesanía lo soez y en perspicaces funcionarios á los zafios polizontes actuales, tan ganosos del extemporáneo bombo, como incapaces para el ejercicio de una profesión que en muchos casos no han acertado á convertir en honrosa.

Sé que la policía de otras naciones—contra la errónea opinión del vulgo ilustrado—no es mucho mejor que la nuestra; pero no ignoro que en Francia ó Inglaterra no ha llegado el lujo de arbitrariedad al menosprecio de las leyes que suponen las *quinzenas* de los titulados *blasfemos* y las conducciones á los *pueblos de su naturaleza*, procedimientos harto más crueles que el *trato de cuerda* del siglo XVII, y en los cuales, so capa de previsión policiaca, suelen esconderse la ineptitud y el cohecho.

Aunque codiciosos de notoriedad casi todos, hay en la policía algunos funcionarios que no carecen de las condiciones precisas; pero, por regla general, la circunstancia de haber servido en ella significa que *ya no sirven*.

Verdad es que el gran Newton tenía debilidad por los gatos, que Alcibiades se entretuvo en cortar el rabo á su perro, y que, según malas lenguas, Sócrates debió ejercitar la paciencia en las dimensiones domésticas. Pero no hay humano que, aun sabiendo esas y otras cosas, llegue á convencerse de que personas como los astrónomos, á quienes solo interesa lo que está *de tejas arriba*, puedan tener piques y cuestiones de etiqueta como la habida en Santa Pola.

Nació todo ello de una falta de puntualidad, pecado gravísimo en un astrónomo, para el cual las décimas de segundo tienen valor inapreciable. Por dicha nuestra, y por excepción inesperada, no fueron españoles los que llegaron los últimos, y á la hora de esta se han firmado las paces por haberse reconocido que el retraso de algunas horas se debió á error en el cálculo del tiempo necesario para recorrer una distancia de 15 kilómetros.

Ahora, cuando nos digan que hay una constelación que dista de nosotros noventa mil millones de leguas, podemos creerlo con entera confianza...

Y conste que esta broma no aminora el respeto que me inspira la ciencia más sublime que han cultivado los hombres.

Pero si los sabios descienden á esas minucias, la Unión Nacional sube por grados,

hasta el punto que su Directorio se entiende con el jefe del Estado por medio de embajadores, que así se llaman en mi tierra los que acuden con embajadas.

Espero que mañana, día de Pentecostés, descenderá el Espíritu Santo sobre las cabezas de los Nuevos Apóstoles, si no en lenguas de fuego, en otras lenguas al menos, que sustituyan las que poseen, que deben estar reñidas de pronunciar discursos en que se abomina de la oratoria y del Parlamento.

He estado, no una, sino varias veces, en la Exposición de obras de Goya.

Ignoro de quién fué la idea, y por lo tanto no sé á quién debemos inmensa gratitud por habernos enseñado casi toda la personalidad artística del coloso aragonés.

De resultas de este, para mi memorable suceso, la distancia entre Velázquez y Goya se ha acortado. Yo no sé si entre el Sol de los pintores y Goya habrá (para emplear el lenguaje astronómico, que es de perfecta actualidad) astros intra-mercuriales; lo que sé es que ante la escalinata que da acceso al Museo de Pinturas hay que levantar á toda prisa la estatua de Goya, que si forma tras de Velázquez, porque ante ese no hay ninguno, por la variedad de procedimientos y la maestría universal ocupa un lugar tan alto y de luces tan intensas que deslumbra y desvanece.

En mis viajes del Museo á Fomento, para comparar unos con otros estilos y maneras de Goya—pintorazo aficionado á toros, que pintaba los animalitos como un chiquillo de la escuela—he aprendido una historieta que he de referir á ustedes, con la salvedad del *relata*, y procurando que no lo sea.

Cuando empezó á ser colocada la verja de cerramiento del flamante edificio ministerial, halláronse los contratistas de la obra con que el perímetro de ésta era algo así como escaparate de joyería, del que todos se llevan lo que gustan. Juntas, placas, tornillos, herramientas, cuantos objetos tenían un peso capaz de permitir su transporte, desaparecían de la noche á la mañana.

Averiguóse al fin que el terreno estaba minado, y que entre el Botánico y el edificio había una población de topos humanos que, nuevos trogloditas, vivían felices como el *Robinson* de la zarzuela, sin conocer caseros y sastres.

Las cuevas eran muchas; los *topos* muchísimos, y hubo que montar un servicio de vigilancia. El contratista buscó hombres de pelo en pecho, y los halló con los pechos como felpudos. Pero era necesario designar por cabo á uno de ellos; al que tuviera más méritos. Todos expusieron los suyos; solo uno, más modesto, se limitó á decir que era esclavo de su palabra y no vaciaba en cumplirla.

—Tan es así—dijo,—que una vez aposté dos reales á que me comía un reloj. Y me lo comí.

En virtud de tan *relevantes condiciones* fué nombrado jefe de aquella especie de ronda, y no ha quedado un topo.

Ignoro si se los habrá comido y si la historia será completamente exacta.

Pero... *relata refero*.

MANUEL MARÍA GUERRA.



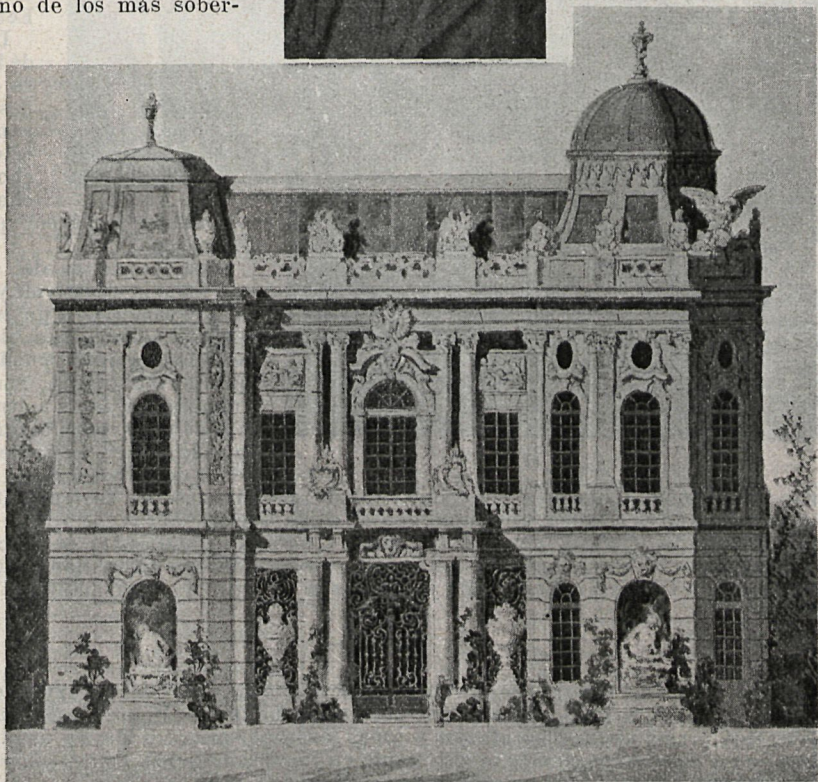
M. EXNER

Comisario general de Austria

El Comisario general de Austria, M. Exner, ha trabajado, en unión del arquitecto monsieur Baumann, por que el palacio imperial de dicha nación fuese uno de los más sober-



bios edificios. Este hermoso pabellón es una reproducción del teatro y de la música, y se encuentra en Quai d'Orsay, donde nos darán á conocer la célebre Asociación coral de Viena «Schubertbund».



Pabellón imperial de Austria.

Del Artico al Antártico

NOTAS COSMOPOLITAS, POR LAZRAM O'NAIRAM

La tercera compañía del 27 de cazadores apeninos, que se hallaba reconociendo las alturas de Montgiabo, se internó por un estrecho sendero que bordeaba un precipicio, y á consecuencia de un mal paso un soldado cayó rodando por la montaña. El teniente Mancier se abalanzó valerosamente en su socorro. Los témpanos de nieve hacían su empresa impracticable, y el joven oficial fué víctima de su abnegación, despeñándose al propio tiempo que el soldado que intentaba salvar, hasta el fondo del precipicio.

La compañía trabajó durante todo el día por auxiliar á los despeñados, logrando retirar



aún con vida al soldado; pero no así al generoso oficial. Este era hijo de un general de división retirado. Uno de nuestros interesantes grabados representa tan conmovedora escena.

Colchones baratos.—Un país en donde los colchones no son nada caros es, sin duda (á dar crédito á un explorador alemán), la República del Ecuador.

Los indios de la cordillera de los Andes se fabrican unos excelentes colchones y colchas con la

corteza de un árbol que llaman *Demajagua*.

Esta corteza es del espesor de una franela gruesa muy consistente, que sometida á un tratamiento especial se hace tan blanda y tan flexible que se la puede doblar y enrollar sin ningún inconveniente como una pieza de fieltro.

Los indios, para obtener este resultado, hacen un doble corte alrededor del árbol y á dos metros de

distancia uno de otro, y después, con sumo cuidado, y valiéndose de instrumentos cortantes, van levantando la corteza, que sumergen en agua durante algunas horas.

Una vez retirada del agua la raspan las partes rugosas y, finalmente, la maceran bien.

Varias cortezas de estas superpuestas forman un colchón que nada tiene que envidiar por su blandura á los de muelles, y una sola corteza se utiliza como manta ó colcha enguatada.

Origen del juego del billar.—Según un manuscrito fecha de 1760 que existe en la Universidad de Londres, el juego del billar se debe al dueño de un Monte de Piedad llamado Bill-Kew. Este prestamista sobre alhajas y ropas tenía por muestra de su establecimiento tres bolas, y en algunas ocasiones se entretenía en jugar con dichas bolas, colocándolas sobre el mostrador y *picándolas* con la vara de medir (*yard*).

De estos recreos del buen prestamista resultó un juego que tomó el nombre de *Bill-yard*. *Bill*, el nombre de su inventor; *yard*, de la vara (hoy *taco*) con que jugaba.

Teatro de la Zarzuela

LOS AUTORES DE "LA GOLFEMIA,"



D. Salvador M. Granés.



D. Luis Arnedo.

PARODIA DE LA ÓPERA "LA BOHEMIA,"

SOGOLFO (Sr. Romea.)—LA GILÍ (Señorita Arana.)

ESCENA V

Sog. Bueno, basta de música y hablemos.
 Gilí. Puedes emprencipiar.
 Sog. Emprencipiamos.
 Ocho minutos hace, ú lo más diez,
 nos hemos visto por primera vez.
 Te colaste en mi cuarto de rondón,
 más por necesidad que por deleite,
 en busca del aceite pal velón,
 y yo te dí el aceite.
 Me gustaste una miaja,
 y yo á ti concetno
 que no te parecí costal de paja.
 Cantemos luego un dúo,
 en el cual se avivó nuestra pasión,
 de modo que al llegar al calderón
 éramos Abelardo y Eloisa
 Gilí. Con música el amor va muy de prisa.
 Sog. Bueno; pues cuando un hombre
 queda arreglado ya con su señora,
 debe saber...
 Gilí. ¿Su nombre?
 Vas á saberlo ahora.
 En todo Chamberí
 me llaman la Gilí,
 aun cuando es cosa cierta
 que mi nombre legítimo es Ruperta.
 Ya cantando dos veces me lo has dicho.
 Sog. Ahora lo digo hablado. Es un capricho.
 Gilí. Yo no tengo familia conocida,
 ni la he echado de menos en la vida.
 Soy joven y soltera.
 en buena hora lo diga, muy decente,
 y vivo independiente,
 porque tengo un oficio, chalequera.
 Soy práctica en mi oficio;
 si quieres uno, estoy á tu servicio.
 Sog. El chaleco es la prenda más barata.
 Gilí. Bueno; no empieces ya á meter la pata,
 y explicame primero
 quién eres tú, tus medios y tus rentas,
 pa saber qué tal andas de dinero
 y echarme yo mis cuentas.
 Sog. ¿Lo ves tú? Eso está bien, y ese es el modo
 de tirar á que aquí se arregle todo.
 Pues yo soy periodista,
 es decir, vendo *Heraldos* por la calle.

Tengo mi credencial de socialista
 para el día en que estalle
 el cataclismo, y mientras que triunfamos
 se va uno trabajando la peseta.
 Hago versos también.
 Gilí. ¿Eres poeta?
 Sog. Pero poeta libre, ¿sabes? Vamos,
 que yo también me siento independiente
 porque no tengo escuela,
 y que mido los versos mayormente
 como tú pués medir varas de tela.
 Y supuesto que acabas de llegar,
 y tíes poco que hacer,
 te voy á colocar
 unos que tengo aquí.
 Gilí. Vamos á ver.
 Sog. (Sacando un papel y leyendo.) «El geráneo do-
 ble. Almacén de ultramarinos de la Península.
 Objetos de comer, beber y arder. Lamparillas y
 chocolates con regalo. Al que compre más de una
 libra se le dará una torta y dos galletas.»
 Gilí. Pero eso no está en verso.
 Sog. No, esto no.
 Esto lo ha escrito el amo. Ahora entro yo. (Le-
 yendo.)
 Hay lentejas pa las viejas
 que les gustan las lentejas,
 y garbanzos de Castilla
 gordos como melocotones,
 y más tiernos que los polvorones
 que traen de Sevilla.
 Gilí. ¿Suena bien?
 Sog. ¡Sí!
 Es una especie de balada.
 Gilí. ¿No comprendes?
 Sog. Yo de eso no sé nada.
 (Guardando el papel.)
 Y no pienso seguir; es suficiente
 pa que veas á quién tienes delante;
 ya te habrás convencido en el instante
 de que soy un poeta independiente.
 Gilí. ¿Y vives solo aquí?
 Sog. Con otros tres amigos.
 Gilí. ¿Cuatro?
 Sog. Sí.
 Gilí. ¿Cómo no hay más que un catre!
 Sog. ¡Anda! y en ese
 no dormimos ninguno.



El baile de Luis Alonso. La alegría de la huerta.

Una vieja.

Los cocineros.

El cabo primero.

Gilí. ¿Cómo es eso?
 Sog. Está aquí desprofeso.
 Gilí. ¿Pa quién?
 Sog. Pus pal primero que lo viese; pa cualquier ciudadano que tuviese deseos de dormir; pa una señora que venga aquí á morirse, si es preciso. En fin, pa un compromiso.
 ¿Lo comprendes ahora?
 Gilí. Sí, pero adiós, que es tarde.
 Sog. ¡Ca! Esta noche hay juerga y manzanilla, y cena y coche. Tú vienes con nosotros, te convindo.
 Gilí. ¿Al minuto de habernos conocido quíes que vaya?
 Sog. ¡Ay qué risa!
 ¿No dijiste, me acuerdo haberlo oído, que el amor con la solfa va deprisa? Pus nos vamos cantando, y concluido.
 Gilí. ¿Pura entró y pura sale tu Eloísa?
 Sog. ¿Y al rittorno?
 Gilí. (Con malicia y dándole una palmadita en la cara.) ¡Curioso!
 Sog. Comprendido.
 (Se oye dentro un silbido atroz.)

LA CUESTIÓN DE LOS SOMBREROS

Veo que se lamentan más de cuatro, con razón, de que vayan las señoras con enormes sombreros al teatro; y yo también, simpáticas lectoras, con mi pluma repruebo esa costumbre, y á romper me atrevo una lanza en defensa de lo que ha dicho ya toda la prensa en contra del sombrero, que, adornado con pájaros, con flores y con frutas, impide ver la escena al desdichado que, sin armar belenes ni disputas, paga por contemplar á los actores y se pasa la noche viendo flores... Y si aquel que no es bajo y que logra, aunque sea con trabajo, no estar como alma en pena y dominar al fin el espantajo

que no le deja contemplar la escena, protesta á voces, se incomoda y grita ante el sombrero que su rabia excita, yo, que crecí tan poco, que á una altura regular no he llegado, porque soy, á juzgar por mi estatura, como un perro sentado, ¿qué no diré al mirar ante mis ojos. puestos en las cabezas de las damas, pájaros columpiándose en las ramas y lazos, unos verdes y otros rojos, de los que á veces brotan á montones lirios, camelias, rosas y encendidos claveles reventones cercados de pintadas mariposas? Hasta he visto sombreros que las dueñas, demostrando un capricho estrafalario, adornaron con nidos de cigüeñas, ¡imitando también el campanario! Es triste que gastemos el dinero

para ir á una función, y que un sombrero, ostentando de frutas un derroche, nos haga estar allí toda la noche como aquel que la pasa en medio de la huerta de su casa. Si tal costumbre no desaparece y siguen las señoras en sus trece, cuando vaya al teatro y una dama me impida ver la escena, en un momento me llevo los colchones de la cama y los coloco todos en mi asiento. La tendrá á la señora sin cuidado, mas las que estén detrás se han fastidiado, á no ser que, sin más explicaciones, por evitar disgustos y querellas, hagan con el sombrero todas ellas lo mismo que hice yo con los colchones. ¡Este sí que era un modo, caballeros, de aplastar para siempre los sombreros!

José RODAO.